

Cero

Marco Antonio Díaz Plaza



Capítulo 1

Cero

Todos los días, al llegar a mi oficina, me encontraba con una nota de ella; nada extraño, me dejaba los recados de clientes que querían liquidar sus deudas. Trabajamos juntos en una oficina de cobro, yo llevaba un par de semanas, por recomendación de un amigo, y no tardaron nada en contratarme.

Mi cubículo es cómodo, lo rodean unas mamparas de cristal que me permitían ver a los compañeros trabajar, cazando deudores. Yo tenía experiencia en eso y de esa manera, junto con mi experiencia, fue que me contrataron muy rápido. Como yo aún tenía que ir a la universidad, era común que me retrasara en mi hora de entrada; pero a mi jefe nunca le representó ningún inconveniente, ya que desde el primer día notó la habilidad con la que me desempeñaba y solo me pedía cubrir el tiempo extra después de mi horario de salida.

Normalmente era el último de la oficina, lo cual me daba un momento de paz y silencio para relajar el estrés y sumergirme en mis pensamientos. Al salir caminaba un poco por la acera, inspeccionaba los restaurantes y, si tenía hambre, cenaba algún nuevo platillo; pero también solía solo dar un par de vueltas entre las calles y perderme un poco en las avenidas, ver casas que jamás hubiese visto antes, pensaba en como sería vivir cerca de ahí. Me planteaba mi vida dentro de los zapatos de alguien más; aunque no tardaba mucho en caer de nuevo en mi realidad.

Pocas veces había visto a mi compañera de cubículo, normalmente me la encontraba saliendo en el momento en que yo iba entrando: nos dábamos un pequeño saludo y a veces me avisaba de la nota que me había escrito a penas unos minutos.

Supe su nombre por unos compañeros que a veces me pedían dejarle algunos regalos a ella antes de que me fuera, solían ser flores o dulces, en una ocasión fue un sobre rojo con un nombre escrito con tinta negra que decía "Para: Ana".

La primera vez que la vi me cautivó el color ámbar de sus ojos, su cabello lacio le llegaba unos centímetros arriba de la cintura, su piel era blanca, sus labios eran carnosos y su figura era delgada. Coincidí en que una chica de tales características estuviera siempre cortejada por hombres que buscarán algún tipo de oportunidad con ella y también era de esperar que ella suela rechazar a una gran cantidad de pretendientes.

Su primera nota apareció a la semana de entrar en la oficina, tenía una letra redonda y clara, solo ponía los datos de los deudores y un par de

detalles que me pudiesen servir para contactarlos. Ante ese acto, que yo describiría como compañerismo, empecé a contestar sobre el mismo papel que dejaba otros clientes que ella pudiese contactar durante su turno, si de las personas que me dejaba me daba oportunidad de poder facilitar mi trabajo no encontraba motivo para que yo no le respondiera de la misma manera.

Con el pasar de los días los mensajes fueron cambiando, ya no solo nos dejábamos información sino que nos deseábamos un excelente día e inclusive cuando no hubiesen clientes que pudiéramos atender nos disculpábamos mutuamente y nos dejábamos alguna golosina para disfrutar en nuestro turno. Confieso que mi atracción por ello se hizo progresivamente mayor. Inclusive ansiaba la hora de entrada solo para poder leer las letras que ella escribía en las notas e incluso mi corazón palpitaba muy fuerte cuando leía con su letra: "Que tengas un excelente día".

Cuando llegaba el fin de semana, salía a tomar un par de tragos con el amigo que me metió a la oficina. Charlábamos un poco de la oficina y luego de nuestras vidas personales. Él sabía lo reservado que soy y se extrañaba que a la única persona con la que solía cruzar un par de palabras, independiente de él, era con Ana. Me contó que ella, desde que llegó, fue un problema, muchos de la oficina se esforzaban en llegar primero solo para charlar con ella e incluso llegaron a surgir peleas entre ellos. Por eso el jefe decidió tenerla en un lugar fijo a lado de su oficina. En ese momento pensé que lo mejor sería mantener mi distancia con ella y solo tener el contacto inicial que teníamos, solo que se tratara de una relación de trabajo, no quería tener problemas con nadie y menos con el jefe de quien yo comencé a notar un interés en Ana.

Una noche llegó un mensaje a mi teléfono, al principio no supe reconocer de quién se trataba hasta que mire con atención la fotografía del perfil, era Ana quien me saludó y preguntó por la forma extraña en que la había tratado los últimos días. Yo negué que estuviera pasando algo extraño, que quizás estuviese muy metido en mis cosas, lo cual representó en ella un alivio. Me comentó que el siguiente viernes estaba ocupada por las mañanas y tendría que ir a la oficina en la tarde, quería que saliéramos juntos a dar una vuelta; no estaba muy seguro de qué forma quería salir conmigo, su manera de ser llamó desde el inicio mi atención y no creí que buscará tener algún tipo de relación más allá de un tema de trabajo.

Cada que volteaba mi rostro hacía un lado notaba que su mirada huía de la mía, era la primera vez que pasamos juntos un turno completo y al salir tomaríamos una ruta juntos para pasar el tiempo. Ella vistió un vestido negro que le contorneaba las curvas de sus caderas y resaltaba su escote, venía maquillada y sus labios los tenía pintados de rojo, inclusive la chamarra de piel le hizo verse muy atractiva; pero, yo trataba de no fijarme mucho en lo empilchada que estaba, aunque me causó una gran

atracción y los aromas que salían de su cuerpo me causo una tremenda atracción.

Nos fuimos al monumento de la revolución, pasamos a comprarnos un café y platicamos un buen rato sobre nosotros. Hablamos de nuestras familias y de que habíamos llegado hasta donde estamos. Se estaba haciendo muy noche, el aire sopló muy duro y le hizo despeinarse, le sujete su cabello por detrás mientras nos unimos en un abrazo; pero ella se paró con la punta de los pies y unió sus labios con los míos. Era un beso tierno y sincero, inhale muy de cerca el aroma de su piel, acaricie sus mejillas con las puntas de mis dedos e inhale el aire que exhalaba su pecho.

Me había sumergido en el fondo de un lago dulce y la luz del sol era del color del ámbar, las flores del alrededor soltaron un perfume desconocido, era dulce y tierno. Flotaba en un mar sin fin y me deje iluminar por el brillo que esta tierra traía.

Un sábado fuimos por la tarde al bosque de Chapultepec y nos sentamos en una banca de piedra frente al lago, nos tomamos de la mano y nos abrazamos durante un largo rato. Ella me habló de un hombre que había sido elegido por entre todos para ser el portavoz de dios: nadie conocía su nombre, le decían Uno.

Me dijo que su mamá llevaba poco de ser bautizada, la sumergieron en una piscina y con ello limpió los males que la habían perseguido. Ella vio como su madre cambiaba, era una persona más feliz y todo era gracias a Uno; yo sabía que podía tratarse de una sub-religión, quizá del cristianismo, como de las tantas que hay en México. No quería hacerla molestar, cuestionando la creencia en la cual resguardaba la fe de su progenitora, me mantuve al margen y solo la oía con atención:

□Uno es un hombre muy bueno, organiza distintos comités que busca hacer un bien en la sociedad, sin tener que dar pláticas o folletos en la calle. Los voluntarios dan comida y abrigo a la gente necesitada o si alguien requiere sangre en los hospitales y también vigilia de algún enfermo con o sin familia él los organiza. □dijo con un grato suspiro, mientras sus ojos ámbar se iluminaban con la luz de la tarde y la hacía ver hermosa, deslizó sus dedos entre los míos y acercó sus labios a mis oídos□ Mi bautizo será mañana y me gustaría que me fueras.

Me sentí hipnotizado por las palabras que Ana decía, yo solo sentí la necesidad de acompañarla a donde quiera que fuese ella, no pensaba en nada más. La abracé muy fuerte entre mis brazos y le dije que con gusto estaría con ella.

El templo pasaba como una casa cualquiera, no conocía muy bien la dirección; pero sabía que estaba en los alrededores del Aeropuerto de la

Ciudad de México. Me deje llevar por la mano de Ana de la cual no despegue en momento alguno durante el trayecto.

Fuimos vestidos de blanco y con sandalias, al llegar a la puerta noté que todos vestíamos de la misma forma, y entramos, todos de la mano, a una sala con sillas y paredes blancas. En el centro se encontraba un hombre de ojos azules y cabellos canos: alzó sus brazos en el aire y nos dio la bienvenida.

Todos nos tomamos fuerte de las manos y bailamos, la música provenía de un lugar desconocido solo sonaba: Uno se mantenía al centro de nosotros, se encontraba de rodillas con los ojos cerrados y con las manos cruzadas. Decía algo que era imposible de distinguir. Ana durante ese momento no me decía nada, solo me sonreía cuando nuestras miradas se cruzaban. Me deje llevar por el ritmo y el movimiento de la danza.